

COMO LA LEY

LA HISTORIA ES DURA, PERO ES LA HISTORIA

Por

Alberto Silva Scarpetta

El justo reconocimiento a la colonización colombiana en el occidente del país, lo debemos hacer en el conquistador Sebastián de Belalcázar quien en 1536 hizo su entrada por el sur al *valle de Atrix*, la actual Pasto, territorio que conocemos hoy como Departamento de Nariño. Belalcázar venía desde la lejana Lima y en San Francisco de Quito, ciudad fundada por él mismo dos años antes, recibió informes sobre *El Dorado*, por lo cual siguió su avance al norte del territorio, que más tarde se denominó Nueva Granada.

Desde el mismo instante en que pisó tierra nariñense, se inició también el mestizaje colombiano, fruto del cruce de los españoles con los indios americanos. Los hispanos no traían en ese momento mujeres blancas. Les sucedió lo mismo que a otros conquistadores españoles quienes habían iniciado de igual manera su propio mestizaje, cuando arribaron a las costas de él Caribe y Centroamérica pocos años antes. En ambos casos, tuvieron que cohabitar y calmar su libido con las mujeres indígenas.

En la medida que llegaban más conquistadores a Quito procedentes de Lima, se acentuó el mestizaje que siguió a la apertura y el establecimiento de más tierras de labranza en la comarca nariñense. Se inició así la tala de las selvas con que se arropaba el territorio colombiano, que sus nuevos pobladores descuajarían sin piedad durante los siguientes 479 años hasta hoy, a un ritmo que se repitió de generación en generación, en la medida que avanzaban estos asentamientos por causa de la mezcla de los europeos con los indígenas (y luego con africanos) hacia el norte de la actual Colombia, encontrando a su paso al *valle geográfico del río Cauca*. Ningún territorio colombiano escapó a esta desventurada deforestación. Faltaban siglos para entender el término *biodiversidad* en su verdadera dimensión. En pocos años le tocó el turno a lo que sería la *Provincia de Popayán*, donde con la ayuda

indígena comenzaron a dismantelar la selva que cobijaba al valle de *Pubenza*, hasta convertirlo en región preponderante de la política colonial y comercial del virreinato por mucho tiempo, hasta hace pocos años.

El valle geográfico del río Cauca, al momento de su descubrimiento por Juan de Ampudia y Pedro de Añasco en 1536 y la fundación de Cali por Sebastián de Belalcázar en ese mismo año, inició su colonización con el descuaje de la inmensa selva tropical lacustre, en un proceso épico donde posteriormente gastaron sus vidas generaciones de blancos y mestizos vallecaucanos hasta nuestros días. Esa fue la única colonización de este territorio.

La verdadera colonización de lo que hoy se conoce como Departamento del Valle del Cauca, es totalmente desconocida por el resto del país. Por ello otros han venido a tratar de apropiarse de su gesta colonizadora. Los verdaderos protagonistas de ella fueron sus hijos, criollos, quienes crearon y fundaron 21 ciudades, junto con 10 municipios fundados por españoles durante el proceso colonial y posteriormente otros más durante el periodo Independentista. Además, la participación vallecaucana en 24 batallas por la libertad, y sus 54 próceres fusilados durante los doce años que duró la guerra de emancipación, son valiosos aportes que influyeron de manera rotunda en el desarrollo colonizador de otras regiones del país.

Después de la fundación de Santiago de Cali, el conquistador español Jorge Robledo fundó la ciudad de Cartago en 1540 por orden de Sebastián de Belalcázar a orillas del río Otún, en el sitio que hoy ocupa la ciudad de Pereira. Sus habitantes tras haber permanecido ahí 150 años, durante los cuales nacieron varias generaciones de cartagueños, la trasladaron al sitio donde se levanta actualmente en las orillas del río La Vieja, en el norte del Valle del Cauca. Allí continuaron la tala y el derribamiento de la frondosa selva que habían iniciado esos colonos en *Cartago la Antigua* donde por siglos lucharon contra la naturaleza para conformar una destacada ciudad que llegó a ser sede de la Casa de la Moneda de la Nueva Granada, distinguiéndose como un reconocido emplazamiento en la frontera norte del valle geográfico: la *Ciudad de los Confines*.

Jorge Robledo fundó a Santafé de Antioquia en 1541, donde sus nuevos pobladores también iniciaron el mismo proceso de deforestación para establecer cultivos y ganaderías, acompañados del correspondiente mestizaje con las tribus nativas.

Quedó establecido así el importante *Eje colonial*: San Juan de Pasto-Popayán-Santiago de Cali- Cartago-Santafé de Antioquia, por un lapso de 285 años hasta cuando esta última ciudad pierde su rango de capital de Antioquia en 1826, que a partir de ese momento asume la ciudad de Medellín. Por consiguiente durante casi tres siglos, esas cinco ciudades del *Eje colonial* se desarrollaron al mismo compás y se surtieron con inmigrantes constituidos por núcleos de familias españolas que llegaban por Guayaquil, Buenaventura y también por la Costa Atlántica, pero especialmente con las familias mestizas, que en esas tres centurias ya existían en abundancia y se consideraban supremamente criollas. Su principal vía de conexión era por supuesto el río Cauca y su cañón geográfico. Si de sangre y mestizaje se trata, sin duda todos los de este *Eje colonial* compartimos el mismo linaje.

Allí en Santafé de Antioquia, conocida justamente como la *Ciudad Madre* del pueblo antioqueño, comenzó su propia colonización. Faltaban 134 años para que naciera Medellín, lapso durante el cual, comenzó a formarse en esa tierra santafereña la *cultura paisa*, que fue dibujada con el lápiz de su geografía, de su economía, su religión, la gastronomía y sus propias costumbres, hasta cuando el desborde angustioso de sus desarraigados, los impulsaron a poblar otros territorios para conformar su actual jurisdicción. Igual lo habían hecho ya en el territorio nacional otros pueblos, como los del *valle geográfico del río Cauca* quienes los antecedieron.

Para entender las razones del desarraigo de las comunidades antioqueñas a finales del siglo XIX, debemos darle una mirada al pasado del país. Por la época en que se inició el movimiento de pobladores antioqueños hacia el sur, Colombia era una ramada. Sólo contaba con tres industrias importantes, dignas de mención como lo eran la Ferrería de Pacho en Cundinamarca, la Cervecería Bavaria en Barranquilla y la mina de oro *El Zancudo* en Antioquia,

que pertenecía al multimillonario Carlos Coroliano Amador, un antioqueño de padres costeños y el hombre más rico del país a finales de ese siglo. Colombia era un país miserable y desgastado, inmerso en sus guerras civiles y endeudado hasta la cabeza, su población tenía un analfabetismo rampante del 90% y como se dice vulgarmente, vivían descalzos. La mina de *El Zancudo*, era la más grande empresa de la nación que aglutinaba a 70 minas de oro independientes y empleaba para la época la asombrosa cantidad de 3.000 mineros. Su oro era muy apreciado y considerado el mejor del mundo. Los mineros bromeaban al mencionar que el oro producido por la mina *El Zancudo* era de 26 quilates, cuando en realidad el más puro sólo es de 24.

La campana de bronce de *El Zancudo* que tañía mandando laborar a los mineros, dejó de sonar cuando esas minas se agotaron a finales del siglo XIX. La tecnología para la extracción del metal había llegado finalmente a su límite agotando su capacidad y dejando desempleados casi que inmediatamente a una enorme cantidad de mineros y trabajadores antioqueños, no solo de *El Zancudo* sino de toda la región, quienes conformarían ahora las legiones de desarraigados que prontamente buscaron nuevos territorios para explotar y buscar sustento.

En lo que respecta a la participación del Valle del Cauca en este Congreso, podemos decir que la última etapa del movimiento antioqueño hacia el sur, cuya diáspora se inició desde en 1870, encontró a la vallecaucanía (léase *valle geográfico del río Cauca*), plenamente ‘domesticada’ por 334 años de largo y propio coloniaje desde su conquista. Además, para ese momento ya hacía 60 años que el valle geográfico se había independizado de la Corona española gracias al movimiento revolucionario generado por las *Ciudades Confederadas del Valle del Cauca* en 1811, donde las seis ciudades rebeldes vallecaucanas: Cali, Buga, Caloto, Cartago, Anserma y Toro, resolvieron no adherir a la Junta de Regencia española, dieron la primera batalla de Independencia en el Bajo Palacé y pusieron los primeros mártires. Además por ese tiempo, se encontraba cruzado por las vías que habían construido entre sus poblaciones, por donde cruzaron las tropas patriotas libertadoras

cantidades de veces durante los 12 años de campañas guerreras libertadoras y por donde transitaron también los ejércitos españoles en la Reconquista.

Cuando arribaron los emigrados antioqueños en su última avanzada, la planicie vallecaucana y sus dos cordilleras, ya exhibían un hato ganadero en pleno desarrollo, incluidas las razas criollas de ganado vallecaucano Hartón del Valle y el Blanco Orejinegro. Estas las habían desarrollado en el plan y en el piedemonte cordillerano y fueron de gran valor para el abastecimiento de carne vacuna, primero, para el antiguo Departamento de Caldas y luego para lo que después serían Risaralda y el Quindío en el siglo pasado. (El *Eje cafetero* se desarrolló al mismo tiempo que lo hacía la ganadería vallecaucana).

El hato ganadero del Valle del Cauca al finalizar el siglo XIX, llegó a tener en su inventario más de un millón de cabezas de ganado en más de 200 mil hectáreas de pastos sembrados por los mismos vallecaucanos del total de las 426 mil hectáreas de su planicie. Estos pastos fueron traídos como colchón en las bodegas de los buques que trasportaban a los esclavos africanos y en ellas germinaron sus semillas gracias a la acción de la materia fecal y a la orina durante la travesía. Los nombres de las regiones de su nativa África de donde procedían, les dieron los nombres que hoy ostentan esos pastos: Kikuyo, Yaraguá, Guinea, Pará y otros más, con los cuales se establecieron los hatos ganaderos vallecaucanos que alimentaron por casi cien años al *Eje cafetero*, que apenas se estaba formando, antes que la agricultura desplazara finalmente a la ganadería en el propio Valle del Cauca. Los emigrados antioqueños encontraron igualmente al cultivo de la caña y a la agricultura en general, en un franco proceso de industrialización. Para finales del siglo XIX la industria panelera vallecaucana tenía establecidos 190 trapiches con cuyo producto, la panela, endulzaron los primeros tintos en las tazas servidas en lo que sería luego, *Eje cafetero*.

A la llegada de los europeos en la Conquista, la planicie vallecaucana no poseía, vegas ni sabanas con pastos naturales como en los Llanos Orientales o en los del Cesar. Acá *el valle geográfico del río Cauca* se encontraba

cubierto con selva húmeda tropical. Este aserto está demostrado modernamente por la antropología, arqueología, ingeniería, agronomía y demás ciencias biológicas afines de la actualidad, que operan como técnicas forenses inigualables de la verdadera historia. Así fue entonces como los vallecaucanos tuvieron que sembrar y cultivar sus propios pastos para establecer sus ganaderías.

Como dato curioso, cuando se produce la fundación de Manizales en 1849, los primeros expedicionarios paisas fundadores de la ciudad no buscaron la semilla del café al oriente del país, por donde supuestamente venía desde los santanderes. Por el contrario, esta semilla la encontraron en Cartago. Había llegado ahí cien años antes, en 1743, desde Santa Teresa de Tabage, un lejanísimo pueblito doctrinero que los jesuitas tenían en la desembocadura del río Meta al Orinoco y enviada por el Padre Joseph Gumilla hasta Popayán por el largo camino de Santafé - Cordillera de Sumpaz - La Plata, Huila, hasta el convento que tenía la Compañía de Jesús en Popayán, creyendo encontrar allí las mejores tierras para su cultivo. Desde Popayán enviaron semillas a la hacienda *Llanogrande*, que esa orden católica tenía en Palmira y extendieron pequeños y rudimentarios cultivos hacia el norte durante cien años, por el piedemonte cordillerano hasta Cartago. Allí las matas de cafetos esperaron durante años a los primeros manizaleños. Había llegado así el café al pie de las excelsas tierras volcánicas para su cultivo en *el Eje cafetero*.

Simultáneamente al otro lado de la Cordillera Central terminaba también un proceso de descuaje de la inmensa selva seca tropical del alto Magdalena, que dio el espacio requerido finalmente para el establecimiento del Tolima Grande. Este proceso había comenzado también desde el mismo momento de la fundación de Timaná, en el actual Huila, por el conquistador Pedro de Añasco en 1537 y continuó por más de tres siglos y medio con la configuración de importantes poblaciones tolimenses en seguidilla desde el sur, con La Plata, Neiva, Ibagué, Mariquita, Honda y otras 15 poblaciones más de trascendencia histórica y agrícola. El proceso terminó cuando los 'pioneros opitas' llegaron luego de 250 años de su asombrosa hazaña al encuentro final con los antioqueños en El Líbano, Tolima.

El establecimiento de los pioneros tolimenses en el extenso territorio que hoy conforman los departamentos de Tolima y el Huila, fue de carácter épico. Una inmensa selva tropical seca se tornó en su martirio. Sin embargo el temperamento tolimense fruto de su mestizaje de español con *pijao*, les permitió descuajar su espacio selvático seco tropical que estaba plagado con toda clase de endemias y crótalos de cascabel, donde la mortalidad de sus habitantes durante esos casi tres siglos, les hizo bautizar su territorio, como el *Valle de las Tristezas*.

De igual manera en otras zonas del país en formación, también se daban procesos similares. La sabana cundi-boyacense recibió idéntico trato. Allá en el altiplano, en 1538, se reunieron los conquistadores Gonzalo Jiménez de Quesada, Sebastián de Belalcázar y Nicolás de Federmann. Fundaron a Santafé. Su sabana, cubierta con la más bella montaña del mundo, comenzó también a ser derribada. Porque igual que en las otras regiones narradas en esta ponencia, ninguna de las selvas colombianas se cayó por sí sola. Además comenzó también el asentamiento poblacional en miríadas de pueblos indígenas establecidos en las sabanas y territorios que formaron a los departamentos de Cundinamarca y Boyacá como hoy los conocemos.

Podríamos seguir en esta ponencia narrando iguales acontecimientos del proceso de colonización en los otros territorios que conforman hoy a nuestro amado país, en un cuento de nunca acabar, porque como lo dice el lema de la Academia de Historia del Valle del Cauca, "*Cuando se conoce la verdad, hay que reescribir la historia*". Pero en atención y respeto por el espíritu que convoca a esta reunión en la Academia Antioqueña de Historia, para conocer: "*Como se ve la Colonización Antioqueña desde la perspectiva vallecaucana*", concluimos, que, el Valle del Cauca en su papel de eterna y ejemplar nodriza, acogió en esta última etapa migratoria a los antioqueños, como descendientes de aquellos conquistadores españoles que habían entrado por el sur cuatro siglos antes a tierras nariñenses.

Y la región vallecaucana se preparó para ello. Correspondió a Cartago el encargo de darles la bienvenida. Una misión de notables cartagüesños

vallecaucanos en 1863, tomó rumbo al sitio donde 323 años atrás sus antecesores habían fundado a *Cartago la Antigua* y procedieron a fundar allí a Pereira, en las orillas del río Otún. Encontraron el sitio que ellos mismos habían abandonado 173 años antes, cubierto con bosques a los cuales derribaron otra vez, para levantar la nueva ciudad y esperar en ella, la llegada de los paisas manizaleños quienes en pocos años, se establecieron en la tierra nuevamente recién desbrozada por los fundadores cartagüeños, al igual que otros caucanos y tolimenses que también llegaron allí. El Valle como siempre lo ha hecho, esta vez también les brindó el calor de su albergue. Mis paisanos en aquella época de finales del siglo XIX, se sorprendieron al escuchar el particular acento de los antioqueños que recibían en Pereira. Ya hablaban distinto.

En los años siguientes, aquellos paisas lograron constituir con su espíritu gregario varios asentamientos poblacionales tardíos de manutención y supervivencia, mas no de colonización, como lo insinúan en la invitación a este Congreso, pues ésta región vallecaucana, como ya toda la nación debería saberlo, había sido colonizada durante centurias por criollos vallecaucanos, quienes además a esa misma fecha, ya habían conseguido ser los precursores de la Independencia del país y ser sus principales gestores.

MAPA DEL DEPARTAMENTO DEL CAUCA EN 1827

Podemos apreciar el verdadero ordenamiento territorial del Departamento del Cauca en este descriptivo y elocuente mapa dibujado 50 años antes de que ocurrieran los susodichos desplazamientos antioqueños de finales del siglo XIX, el cual fue mandado a elaborar en Francia por José Manuel Restrepo, un político y diplomático antioqueño, secretario del Interior de la Gran Colombia, para su libro *Historia de la Revolución de la Republica de Colombia*, Carta del Departamento del Cauca impresa en Paris y grabada por el cartógrafo J.M. Darmet en el año 1827.

En esta Carta del Departamento del Cauca, al cual pertenecía el *valle geográfico del río Cauca*, puede el Congreso apreciar cómo era nuestra región muchísimos años antes que ocurrieran los desplazamientos de campesinos antioqueños hacia esta comarca. Tras la Independencia, el territorio vallecaucano seguía formando parte de este enorme ente político administrativo que comprendía todo el actual Chocó hasta el Istmo de Panamá y el Golfo de Urabá y prácticamente llegaba hasta el interior de Antioquia, muy cerca de Medellín.

La región del *valle geográfico del Alto Cauca* poseía una decena de pueblos que la convertían en importante polo de desarrollo ganadero y agrícola. Al norte del valle geográfico, se hallaba Cartago, *la Ciudad de los Confines*, así como su apelativo lo indica, esta se encontraba al extremo septentrional de la región, y era el punto central del cruce de caminos del Virreinato, junto con Anserma, actual Ansermanuevo, y Toro. Más al centro se encontraba Buga, ciudad emblemática que incluía dentro de su jurisdicción a El Hato de Lemos, hoy La Unión y Llanogrande, la actual Palmira. En el extremo sur se hallaba Caloto, que en la actualidad pertenece al departamento del Cauca.

El área de aquel Departamento del Cauca al cual corresponde el mapa, abarcaba por el sur, hasta el río Napo en los límites entre el actual departamento de Nariño y la República del Ecuador y por el sur-oriente, casi todo el actual departamento del Amazonas hasta el río Negro, en los límites con Brasil. Por el norte, se prolongaba hasta más arriba de La Vega de Supía, hoy municipio de Supía, en el límite actual de los departamentos de Caldas y Antioquia.